

España y Rusia: ¿más allá del “Año Dual”?

Javier Morales Hernández
St. Antony's College, Universidad de Oxford
UNISCI

La reconfiguración de la política exterior durante la presidencia de Zapatero, que ha continuado la tradicional aspiración española de ocupar un papel en el mundo acorde con nuestro potencial como país, ha incluido las relaciones con Rusia como uno de los ejes principales para consolidar esta posición. Así, en marzo de 2009 —durante la visita de Medvedev a España— se firmó una declaración de “Asociación Estratégica”, que incluía distintas iniciativas de cooperación en cuestiones de política internacional, seguridad y justicia, economía y comercio, y asuntos culturales y sociales.

El establecimiento de estos vínculos ha situado a nuestro país junto a las potencias europeas, como Francia o Alemania —las cuales, además, celebran periódicamente cumbres trilaterales franco-germano-rusas—, que cuentan con relaciones especialmente estrechas con Moscú. Esta posición, que en ocasiones se ha identificado erróneamente con una cesión de los intereses europeos frente a los del Kremlin, constituye precisamente un canal de comunicación especialmente útil en momentos de crisis. Así, la presidencia de turno francesa de la UE desempeñó un papel clave de mediación durante la breve guerra ruso-georgiana de agosto de 2008, que posiblemente no habría sido tan eficaz de haber sido otro el Estado que ocupase ese papel.

Sin embargo, en el caso de España, el principal déficit de esta asociación ha sido su falta de visibilidad de cara a la opinión pública, más allá de la reducida comunidad de expertos en relaciones internacionales. Mientras que entre los rusos —pese a la desproporción existente en cuanto al tamaño y población de ambos países— España es apreciada por el atractivo de su idioma, cultura e historia, no sucede en absoluto lo mismo a la inversa. Rusia continúa siendo la más desconocida de nuestros vecinos europeos para una sociedad española que, en cambio, ha aprendido a considerar como propios los problemas que afectan a nuestros socios de la UE. El aprendizaje del ruso —*lingua franca* en todo el espacio postsoviético— es aún una vocación minoritaria entre los españoles, mientras que por parte rusa el castellano es uno de los idiomas más estudiados. Ejemplo de ello es el Instituto Cervantes de Moscú, que con 80.000 alumnos cada año es el mayor centro de enseñanza de nuestro idioma en todo el mundo¹.

Para contribuir a aumentar este conocimiento, se está realizando durante 2011 el “Año de Rusia en España”, el cual tiene su contrapartida en el “Año de España en Rusia” que se celebra simultáneamente. El “Año Dual”², como se ha denominado, tiene un contenido marcadamente cultural, con exposiciones, conciertos y conferencias; aunque también se incluyen encuentros de empresarios. Sin embargo, estas actividades por sí solas pueden quedar desconectadas del “núcleo duro” de la política exterior —es decir, la cooperación política ante los desafíos para la estabilidad internacional—, centrándose en las relaciones culturales y en cierta medida también las económicas, por ser éstas, precisamente, aquéllas en las que los intereses de ambas partes están más próximos y se benefician mutuamente.

Al mismo tiempo, el “Año Dual” ha coincidido con distintas circunstancias internas e internacionales que han desplazado la prioridad hacia otros asuntos, de forma que precisamente durante 2011 la visibilidad de las relaciones políticas bilaterales está siendo quizás inferior a la de otros momentos. Por ejemplo, además del notable impacto de la crisis económica, los debates sobre la sucesión de Zapatero y la candidatura de Medvedev a las elecciones del próximo año —pese a las evidentes diferencias entre el sistema político y los equilibrios de poder en ambos países— han contribuido a centrar la agenda en cuestiones internas con más frecuencia de la deseada.

La tensión entre las aspiraciones españolas de un papel más global, a las que nos hemos referido antes, y la inercia de una diplomacia centrada en los ejes tradicionales de la Europa comunitaria, el Mediterráneo e Iberoamérica tiene como consecuencia que en épocas de crisis como la actual se concentren los recursos en las prioridades anteriores; de forma que la atención hacia Rusia depende de los cambios en circunstancias externas a la propia relación bilateral. No obstante, España sí ha tratado en ocasiones de ejercer un papel de liderazgo en cuanto a las relaciones con Moscú en el marco de la UE, aprovechando precisamente sus especiales vínculos: hay que destacar, por ejemplo, el diálogo para una liberalización del régimen de visados iniciado durante nuestra última presidencia de la Unión. Estos precedentes demuestran que nuestro país no debe autolimitarse a sumarse a las posiciones comunes de la política exterior europea ante Rusia, una vez acordadas; sino que puede desempeñar un papel relevante en su formulación, impulsando su propia visión e intereses nacionales como hacen también los demás Estados miembros.

La intervención de la coalición occidental —incluida España— en la guerra civil que se está desarrollando en Libia ha demostrado tanto las posibilidades como las limitaciones de la “asociación estratégica” hispano-rusa. Este conflicto supone probablemente el primer gran asunto de relevancia internacional desde la guerra de Irak en el que Moscú y Madrid han adoptado posiciones opuestas; sin embargo, no se ha producido un deterioro apreciable de la confianza entre ambas partes, manteniéndose como estaban previstos todos los proyectos del “Año Dual”. Lo mismo puede decirse de la expulsión recíproca de diplomáticos hace unos meses, supuestamente por actividades de inteligencia en el caso de los rusos y como represalia posterior en cuanto a los españoles. Se puede considerar esta resistencia a las crisis como una muestra de la fortaleza de nuestra asociación, pero también como prueba de que son otros actores o polos de atracción externos — como EE.UU. o la UE— los que condicionan en mayor medida la actitud de España hacia Rusia y viceversa, más que la propia dimensión bilateral.

El pragmatismo para evitar que desacuerdos puntuales dañen el estado de las relaciones es así la tónica general, de igual forma que Moscú no vetó la resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas sobre Libia aunque después haya mostrado sus dudas sobre el grado de intervencionismo de la coalición. Un pragmatismo ruso que tiene, como se ha visto en sus muy diferentes declaraciones en torno a este conflicto, una faceta más reacia en la persona del primer ministro Putin y algo más flexible en el presidente Medvedev; quien va alejándose cada vez más —tal vez por cálculos electoralistas— de su imagen inicial como mero sucesor de aquél. Estas actitudes no tienen tampoco un origen exclusivamente interno, dependiendo de las ideas de los líderes del “tándem” dirigente y de su respectiva influencia; sino que como hemos señalado están condicionadas por la socialización de la cultura estratégica rusa en el marco de su interacción con otros actores internacionales, y que dan lugar a una percepción del mundo que no siempre se ajusta —pese a los tópicos— a una estricta *realpolitik* como juego de suma cero con Occidente.

En conclusión, las relaciones hispano-rusas son lo que podríamos calificar de “positivas por defecto”: la ausencia de importantes desacuerdos y de un pasado conflictivo como el que tienen otros miembros de la UE permite desarrollar un diálogo fluido, a pesar de que no siempre estos vínculos sean un vector prioritario de la política exterior para ambas partes. Cabe preguntarse si este momento de relativa cordialidad entre Rusia y Occidente —sin parangón en la última década— no se trata de una oportunidad perdida para que España adopte una posición aún más activa y contribuya a anclar a Moscú en una mayor interdependencia con Europa, de la misma forma que se considera a sí misma un interlocutor natural en el diálogo europeo con otras regiones del mundo.

Notas

¹ <http://moscu.cervantes.es/es/default.shtm>

² <http://www.spain-russia2011.ru/>